

---

## La despedida

Los candiles de todo el valle se iban apagando poco a poco. Parecían las luces de colores intermitentes que adornaban las casas de Fez en las que se celebraban las bodas del verano. Abderrahim, ocho años, estaba sentado en una piedra delante de la casa con la mirada perdida en una gran luna roja. Dentro, en un rincón del corral, junto a una esquelética parra, cenaba dos pollos con ensalada todo el grupo de los hombres, su abuelo, sus tíos y su padre. Las conversaciones de los mayores le llegaban lejanas y difusas, sin prestar atención, porque su cabeza fotografiaba y se concentraba en cada uno de los lugares por los que había correteado de día y de noche sin que nadie ejerciese el más mínimo control sobre él.

La casa de *fkih*, el cura del pueblo, estaba a oscuras. Tenía que levantarse a las tres y media de la madrugada para llamar al primer rezo. La mezquita con su techo de paja podría revelar tantos y tantos cañazos en la cabeza y en el trasero con los que el *fkih* reclamaba la atención en el aprendizaje del Corán.

—¡Abderrahim!

Antes de que le llegase la última sílaba de su nombre, se había cubierto con manos y brazos la cabeza y la cara pero la caña impactaba inflexible en la espalda o en las corvas. En cinco años de infructuoso aprendizaje, Si Moha-med, el *fkih*, al que su abuelo pagaba los palos que recibía con aceite, trigo, aceitunas y alguna gallina, jamás con dinero, nunca erró ni la trayectoria ni el destino de aquellos trayazos. ¡Qué puntería! Después de todo no le guardaba ningún rencor. Aquel viejo de barba blanca y chilaba parda y roída por abajo, que ya había medido con el mismo metro a su padre, no podía entender que para él memorizar los rezos era menos importante que oír los cantos de las chicharras debajo de los pinos, corre detrás de los pollitos, descubrir porqué las chicas meaban agachadas y ellos de pie, traer agua con el borrico sujetándose en el rabo, ordeñar la vaca junto a su tía, hacer cuevas en el almiar de paja o buscar nidos de verderones.

¡Qué lejos se imaginaba la escuela! A ella le llevó su abuelo por primera vez recorriendo los cinco kilómetros que la separaban de la casa, cuando cumplió los seis años. Su madre le había

puesto la primera chilaba y le había comprado unas babuchas amarillas nuevas. Le recibieron un grupo de chicos con la cabeza totalmente rapada, una forma de ahorro en el campo, y el maestro con una vara de acebuche de medio metro de largo en la mano derecha.

—Allí aprenderás muchas cosas nuevas — le había dicho su madre la noche anterior.

Abderrahim comprendió rápidamente que la nueva doctrina la debía asimilar con el mismo método, el del palo, y el miedo le recorrió las partes más castigadas del cuerpo pensando cuál de ellas recibiría el primer aviso.

No llegó a desatar la cuerda que sujetaba el pizarrín y el cuaderno porque, en cuanto el maestro se dirigió al grupo de los mayores y dio media vuelta, saltó por la ventana y echó a correr monte arriba sin volver la cabeza. Se paró junto al pozo para tirar chinas al fondo, oír el chapoteo y contar las ondas hasta que desaparecían conteniendo la respiración.

Cuando vio que los otros chicos se dirigían a sus casas, él se encaminó a la suya.

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó su madre.

—¡Mal! El maestro no nos hace caso. Se va y los chicos mayores nos pegan. Allí no voy a aprender nada. Yo creo que no voy a ir más a la escuela.

—Mañana te llevo yo otra vez —intervino el abuelo—. Voy al zoco y paso por la puerta de la escuela.

—¡No, si no hace falta! ¡Voy yo solo!

El maestro le introdujo en la clase de la oreja y el abuelo entendió que el día anterior había pasado algo raro. Aquel día, su primer día efectivo de escuela, sintió en sus carnes las primeras palabras y consejos del maestro. El frescor de la tierra del suelo donde se sentaba no pudo apagar los escozores de los primeros palos. Comprendió al instante que aquel no era el camino y no volvió a faltar salvo cuando llegaba la época de la siega o de la recogida de aceitunas o cuando le curaban la fiebre o los dolores de cabeza con rodajas frescas de patata o hierbas del campo.

Aprendió a leer y a escribir de derecha a izquierda con más esfuerzos que los demás porque era zurdo. Cada vez que cogía la tiza para

garabatear una letra, el maestro se colocaba por encima de su hombro dándose pequeños golpe-citos con la vara en la mano, esperando que esa traicionera tendencia física se le olvidara, para lanzar el trozo de acebuche contra los dedos y descargar en ellos toda su furia docente.

—¡Esa no es la mano, animal! ¡La izquierda está maldita por Dios! Solo se usa para limpiarse el culo. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? ¡Recuerda las palabras del profeta!

Hamid, "Bocarota", que se sentaba junto a él, se reía con la cabeza gacha buscando la cara contraída de Abderrahim cuando recibía el estacazo, aun a sabiendas de que, a la salida de la escuela, aquella victoria del enemigo le pudiera costar un par de puñetazos y alguna patada en las piernas.

Sin embargo, junto a Mohamed, el de los pies torcidos porque uno miraba al norte y el otro al sur, llegaron a formar un trío inseparable con el tiempo.

Hamid tenía el labio superior roto porque recibió la coza de una borrica a la que intentó colocar un cardo seco entre el rabo y las ancas. Corrió al río sujetándose con las manos el labio que le colgaba. Abderrahim y Mohamed le ayudaron a lavarse, hicieron un emplaste con menta salvaje y salitre y se lo aplicaron sobre la herida. Los gritos y ayes de "Bocarota" debido al escozor que le producía la sal sobre la herida fresca, se oyeron en el valle.

—¡Calla! ¡La sal desinfecta y cura todo! ¿No ves lo que hacen los sacamuelas en el zoco?

—le gritaba Abderrahim mientras le sostenía con la mano izquierda la herida y le sujetaba la cabeza con la derecha.

Mohamed había nacido así, con los pies en contraposición, porque su madre durante el embarazo había tomado aceite de aviones ya que era mucho más barato. De los tres amigos era el que más pescozones, patadas y palizas recibía. Cuando hacían alguna fechoría, los tres corrían pero él se quedaba rezagado o se caía al enredarse los pies en los tomillos y palmitos o tropezar con las piedras. Abderrahim y Hamid le defendían desde una distancia de más de veinte metros, cuando tenían asegurada la retirada, lanzando una andanada de cantazos que más de una vez impactaban en la cabeza del agredido más que en la del agresor.

—¡Jo, a ver si tenéis más puntería...! —se quejaba Mohamed palpándose la cabeza.

El verano era la época del año de mayor disfrute porque disponían de más tiempo. Sentían una especial inclinación hacia los lagartos. Los vivos colores verdosos y la forma de correr ladeando cuerpo y cola con la boca abierta y sobre todo, el que estos animales fueran el terror de las mujeres, les llevaba a organizar auténticos safaris rebuscando debajo de las piedras o esperando con un palo y un saco junto a las cuevas. A Abderrahim le salió espontánea la sonrisa recordando a la vieja Fatna. Vivía sola compartiendo su casa de barro y techo de paja de una habitación, con una vaca esquelética, una oveja y tres o cuatro gallinas. Su marido la había repudiado porque no podían tener hijos sin detenerse a analizar de quién era la culpa, la ley lo permitía, y no había podido casarse otra vez.

Hacia su casa se dirigieron los tres amigos con un saco roto.

—¡Coge bien el saco! Como se escape... Prepara el palo y cuando asomé la cabeza, se la sujetas. Que como se escape te suelto dos puñetazos... —amenazaba Abderrahim a "Bocarota".

Mohamed llevaba un buen rato untando una ramita de retama con ajo, arriba y abajo. Abderrahim le trincó por la boca y se dirigió a los otros dos.

—Levántale el rabo, busca el culo y métele la estaca.

El animal sintió en su interior la rama con el ajo, comenzó a convulsionarse y a buscar a sus torturadores con los ojos desorbitados y con la boca abierta.

Se acercaron sigilosamente a la ventana de Fatna, recorrieron el plástico que la cubría, saltaron al animal y corrieron a esconderse tras unas carrascas. Al instante los gritos, maldiciones y carreras de la mujer rompieron la pesadez del sol de julio. Las vecinas fueron acercándose mientras los tres niños corrían cuesta abajo.

—¡La maldición de *Al-lah* caerá sobre vosotros! ¡Os quemaréis en el infierno! ¡Ojalá os coma vivos una serpiente! —escupía Fatna sobre los muchachos.

Aquella noche no tomaron té ni pan con manteca y se acostaron con las dos manos en el culo para calmar los golpes de sus padres.

Los alacranes eran más peligrosos. Sus picaduras requerían los servicios del *fkih*. No salían

más que de noche y por el día era necesario provocar su salida. Buscaban los agujeros y seleccionaban el de mayor anchura creyendo que en él se escondería el escorpión más grande.

—Hamid, prepara el bote y el palito. Tú, Mohamed, agáchate y mea en el agujero.

—¿Por qué yo? —protestaba Mohamed.

—Porque la tienes más grande y mearás más cantidad. Además, porque lo mando yo —sentenciaba Abderrahim.

Mohamed se acurrucó recogiendo los dos pies e intentó que el chorro saliese encogiendo con fuerza la tripa.

—¡No me sale!

—¡Espera, hombre! Si es que estás muerto de miedo...

Al poco tiempo comenzaron a salirle las primeras gotas para dar paso a una cascada amarillenta que se introducía en el agujero salpicando las manos y los pies de sus amigos.

Hamid metía y sacaba el palito con rapidez mientras la orina de su amigo desaparecía. Los seis ojos miraban expectantes y de repente asomó el escorpión agitando el aguijón. Dieron un paso atrás pero Mohamed se enredó y cayó de espaldas. El alacrán de ocho nudos subió por el pie de Mohamed blandiendo la uña que le clavó en la pantorrilla.

Estuvo tres días sin salir de su casa. Abderrahim y "Bocarrotá" merodeaban por los alrededores pero no se atrevían a preguntar por miedo al padre de Mohamed.

—¿Se va a morir? —preguntó Hamid con pena.

—¡No, hombre! ¿Cómo se va a morir si ya tiene siete años? —le contestó Abderrahim.

—¿Y qué tiene que ver la edad?

—Anda, pues claro, solo se mueren los viejos, los niños recién nacidos y las embarazadas.

Mientras hablaban cada uno subido en una oliva, iban arrancando las pequeñas aceitunas tirándolas al suelo y las iban contando a ver cuál hacía el montón más grande.

—¿Y por qué las embarazadas? —insistió Hamid.

—Porque de tanto engordar, algunas revientan como las sandías —le contestó Abderrahim.

—¡Ah, claro! ¿Y los recién nacidos?

—Cuando nacen son tan pequeñitos que les faltan algunas cosas del cuerpo por dentro. Si

les dan bien de comer, les crecen rápidamente y viven. Si no... pues se mueren de hambre.

—¡Ah! —asintió Hamid sin mucho convencimiento porque en su casa siempre se había comido poco y él aún vivía.

—¿Cuántas llevas tú?

—Ciento veinticinco, ¿y tú?

—¡Treinta más!

Mohamed no murió. Continuaron buscando más escorpiones e investigando con ellos. Contaban los nudos, les cortaban la uña para cogerlos con las manos pero lo que más les divertía era encerrarlos en círculos de paja encendida y ver cómo se mataban unos contra otros.

Comenzó a soplar la brisa del *sharqui*, el viento que viene del sur y que hace más soportables las noches de verano. Ladraron tres perros y Abderrahim se agachó instintivamente para tirarles piedras. Se quedó con la mano suspendida en el aire y renunció al cantazo.

Al día siguiente se marchaba y bastantes pedradas se habían llevado. Se iba sin llegar a entender porqué se ligaban los dos perros, rabo contra rabo, y por qué la única forma de separarlos eran los gritos, las pedradas y patadas de los chicos del pueblo.

—¡Abderrahim, vamos a cenar! —la voz de su hermana Radia le devolvió a la realidad.

Los hombres se habían levantado de las esteras de paja y se levaban la boca y las manos en el *tass*, una jofaina con asas y con una gran tetera, que les iba pasando una de las tías. El abuelo dio un gran eructo y todos los demás comensales le contestaron con un "que aproveche". Es de personas educadas demostrar agradecimiento a la cocinera por la comida con sonoros eructos.

Las mujeres y los niños cenaban en el segundo turno de lo que habían dejado los hombres. Abderrahim dijo *bismil-lah*, en el nombre de Dios, expresión con la que se comienza cualquier acción, y ocupó el sitio que había dejado libre su abuelo. Lentamente iba cogiendo pellizcos de pan de la hogaza redonda que su madre había amasado y cocido en el horno familiar e introducía los dedos gordo, índice y corazón de la mano derecha en el caldo arrastrando al mismo tiempo trozos pequeños de pollo. De vez en cuando daba cortos y pequeños sorbos de té con hierbabuena.

El grupo de hombres acosaba al padre,

Mohamed, con preguntas sobre España, la casa, el trabajo, el dinero... A Mímún, el tío joven, le interesaba especialmente el coche que había traído su hermano.

—¿Y cuánto dices que te ha costado?

-3.000 euros

—Y eso, ¿cuántos *dirham* son?

—Me parece que unos 30.000 *dh*.

—¿Nada más? ¿Y es nuevo?

—No, es de segunda mano. Gasta gasoil que cuesta más barato.

—Tengo algo ahorrado, ¿no me podrías comprar uno?

—No, hermano, aquí no lo podrías usar. Solo lo pueden conducir los emigrantes.

—Mohamed —casi le suplicó el abuelo—, llévate a todos pero déjame al niño.

Abderrahim giró la cabeza, miró al padre con la esperanza de que aceptase el ruego del abuelo.

—Pero, ¿qué dices? ¿No comprendes que mi futuro y el de mi familia están en España?

—Nosotros llevamos toda la vida aquí y vamos tirando.

—¡Eso, tirando! ¿Cuánto tiempo? Cuando se partan las tierras, ¿podrá comer mi familia de lo que me toque? Mira, padre, no hay ningún emigrante que lo sea voluntariamente, ni yo tampoco, pero aquí no tengo nada que hacer. ¿Es que ya no te acuerdas de lo que te costó pagarme la patera?

—Pero... —desistió al mismo tiempo que se enjugaba unas lágrimas con el puño de la chilaba.

Abderrahim se levantó, se lavó las manos y la boca y se retiró de la mesa. Había perdido el apetito.

El abuelo cogió su candil y se encaminó a su casa-habitación. Los demás también se fueron retirando. En el centro del patio no quedó más que el perro tumbado bajo la luz de la luna y de las estrellas.

—Fátima, ¿estás dormida? —casi susurró Abderrahim.

—No, no puedo. No sé lo que me pasa esta noche, creo que estoy un poquito asustada.

—¿Quieres que nos salgamos al patio? Si seguimos hablando vamos a despertar a los padres.

Fátima se sentó en cuclillas y Abderrahim se tendió en el suelo con la cabeza apoyada en una de las piernas de su hermana.

El perro levantó la cabeza, abrió los ojos y

volvió a dormirse.

—Yo no entiendo esto de cambiar de casa — Abderrahim no entendía del todo la situación—. ¿Ya no vamos a volver nunca más?

—¡Y yo qué sé! Alguna vez vendremos pero ya no será lo mismo.

—Fíjate, Hamid y Mohamed dicen que tenemos mucha suerte porque nos vamos. Pero, ¿qué sabrán ellos?

—A lo mejor es verdad. Mamá me ha dicho que en España los colegios son mejores, que vamos a vivir en una casa muy alta a la que se sube con una máquina y que tendremos una habitación para nosotros solos, que no hay que traer agua porque das vueltas a una cosa y sale sola, hay muchos coches como el de papá, no podremos ir descalzos ni llevar chilabas...

Abderrahim parpadeaba con grandes esfuerzos para controlar el sueño. Con la voz más apagada le dijo a Fátima:

—Cuéntame un cuento, el último, como los que me cuentas cuando llueve y no podemos salir a la calle. Pero que no sea de miedo.

—Dice la abuela que en su pueblo, cerca de Ketama, había un hombre al que todos llamaban "Buhali" que se volvió loco de pequeño por chupar unas ramas de adelfa. No era peligroso pero hacía cosas muy raras. Cuando cruzaba una calle lo hacía saltando sobre la pierna derecha porque la izquierda le daba mala suerte. A la mezquita entraba arrastrándose y con la cabeza gacha porque decía que allí estaba Dios y no le quería ver la cara. Si se cruzaba con un burro, se daba la vuelta y se tapaba los ojos para que no le viera. ¡Eran los demonios! Una vez se cogó en la puerta del alcalde porque pegó a un niño. Todos los días Buhali esperaba sentado delante de la puerta de la escuela a que saliesen los niños para que corrieran detrás de él y le tiraran piedras. Si cogía a uno, todos pensaban que le iba a pegar y él le besaba en la frente con grandes carcajadas. ¿Sabes por qué estaba cojo? ¡Por envidia! Se subió a un árbol para ver de cerca a los pájaros, vio cómo un jilguero arrancaba a volar y se lanzó tras él agitando con violencia los brazos.

Abderrahim sonrió suavemente con los ojos cerrados. Fátima permaneció unos instantes callada.

—¿Y qué más? ¡Sigue! ¿Qué pasó?

—Pues que, según la abuela, comenzó a enamorarse de las cigüeñas que llegaban al pueblo

en diciembre.

—¿Qué? —abrió los ojos con curiosidad y sorpresa— ¿Qué es eso de enamorarse?

—Sí, que de tantos miraras, llegó a quererlas como se quieren las personas. A finales de noviembre se paseaba nervioso dando palmadas por los cerros que dan al norte, esperando que apareciesen cualquier día al atardecer. Cuando, por fin, divisaba la primera pareja, brincaba, corría dándose cachetazos en los carrillos del trasero como si fuera montado en la grupa de un caballo y, a galope tendido, las acompañaba hasta la chopera, junto al río seco, donde habían dejado sus nidos la temporada anterior. Y así una pareja tras otra. Las conocía por sus vuelos, por la forma de posarse, por el tamaño del pico o de las patas, por los esfuerzos que hacían al despegar del suelo o de los árboles. Si aparecían parejas nuevas, las clasificaba en una parte de su cerebro. En la plaza del pueblo, junto a la mezquita, adoptaba las mismas posturas y se mantenía varios minutos suspendido sobre un pie mientras mantenía recogido el otro. Chasqueaba la lengua imitando el claqueteo de sus picos bajando y subiendo la cabeza mientras los vecinos daban grandes risotadas y los niños le tiraban piedras. Extendía sus dos brazos e iniciaba un planeo sobre los que le miraban para acabar aterrizando debajo de los chopos.

Cuando llegaba febrero y las cigüeñas abandonaban sus nidos para volver a Europa, donde nosotros iremos mañana, a Buhali le invadía una nube de tristeza y melancolía y se pasaba varios días llorando sin querer ver a nadie.

Pero un día de un año, las cigüeñas no regresaron más a la chopera porque dicen que el tiempo había cambiado y no había diferencia entre el verano y el invierno —Fátima miró a su hermano que tenía los ojos cerrados—. No vienen, no vienen se desesperaba Buhali mirando las nubes, el cielo y los montes. No dormía, no comía ni siquiera el *cus-cus* que preparaba su madre los viernes y que era su plato favorito. Hablaba solo con frecuencia pero no se le entendía nada porque soltaba palabras y frases inconexas. Su madre optó por llevarle al *fkih* para que le quitara el mal de ojo y las penas pero no pudo hacer nada. Tiene unos demonios muy grandes dentro del cuerpo, decía el anciano a su madre. Buhali levantaba la vista con pesadez y farfullaba un *cla-cla-cla* que repiqueteaba con dolor en los oídos de la madre.

Una noche de *garbi* muy frío, del viento helado que choca contra las capuchas de las chilabas, el tonto salió de su casa descalzo y desapareció buscando el norte. La abuela dice que se convirtió en cigüeña. Nadie lo volvió a ver.

Cuando acaba el otoño, los niños del pueblo buscan entre los nublados el vuelo de alguna cigüeña. Un niño al que le faltaba un brazo, vio una mañana un pájaro muy grande, blanco y negro, posado en la rama más alta del acebuche de la escuela. Solo lo vio él. Ese día las ramas estuvieron más silenciosas.

Fátima notó el frío en los brazos de Abderrahim. Se levantó, lo aupó con esfuerzo y lo introdujo en la casa. Se oyeron los ladridos de un perro.

